

postreras palabras, al ver á su caballero abismado en el dolor, fueron estas:

— Consuélese V., amigo mío; más vale verme muerta que padeciendo como padecía desde que no podía amar á V. con todo el ímpetu de mi alma.

Aissé murió en nuestros brazos el 13 de Marzo de 1733, y Aydié estuvo á punto de seguirla; tal era la desesperación de aquél, que sólo pueden hallarse ejemplos entre los perros; los hombres suelen no tener tan sensible el corazón.

Pasó el caballero varios meses como enloquecido, y algunos años pábulo de una melancolía indecible. Unicamente halló consuelo en su hija, á la que sacó de Sens para llevarla á su familia. Tenía la niña los hechizos y las virtudes de su madre, y su padre la casó bien, con el vizconde de Nanthie, hidalgo del Perigord.

Luego se retiró Aydié á Mayac, castillo de su familia, y no volvimos á verlo sino muy de cuando en cuando.

Yo lo añoraba sinceramente. Venía algunas veces y nos escribía. A mi muerte, hallarán cartas suyas en mis casilleros, todas ellas henchidas de gracia y de primores.

Tuve la pesadumbre de perderlo en 1761.

XLIII

Palabra es palabra: dije que hablaría de mí, y ha llegado la hora de hacerlo. Después referiré otro lance. Con no gustarme entrar en escena, no me queda otro remedio, pues escribo mis *Memorias*. Volveré á tratar de Larnage, y contaré lo que siguió desde

el punto en que dejé en suspenso mi relato, y no digo poco.

Después de la tertulia de Sceaux, cuando me vi envuelta en los pesares de la señora de Parabere y en otros mil acaecimientos, pasé algún tiempo sin oír hablar de mi *amigo en los astros*. Larnage aguardaba que yo lo llamase, y no podía vencer su timidez, lo cual, en un hombre, es defecto de monta, ¿qué digo defecto? un *vicio* casi tan grande como la indigencia. Ambos privan por completo el triunfar.

Con todo eso, estaba escrito que ahora la timidez sería vencida, y que Larnage sería el primero en llegar al fin que después... Pero expliquémonos ordenadamente y sin precipitarnos.

Cierta mañana, y aburrida ya por mi dolencia, que me asaltó temprano, sentí irrefragables deseos de pasar un día entero sola, en el campo, y ponerme en contacto con la naturaleza para meditar más intensamente, como se dice hoy en la jergonza al uso: la naturaleza y el pensamiento son los dos vocablos dominantes de nuestro tiempo. Rousseau y otros filósofos los han puesto en predicamento; ya veremos, ó, mejor dicho, ya verán adónde nos lleva todo eso.

Me puse, pues, en camino, sin más acompañamiento que un lacayo muy rudo, para ver una casa que estaba en venta en Ville-d'Avray, no porque quisiese yo comprarla, sino para tener un fin ó un pretexto.

El tiempo estaba hermosísimo; alquilé una carroza, mandé que metiesen en ella algunas provisiones, me puse un vestido «ad hoc», y emprendí el camino en la esperanza de disfrutar extraordinariamente.

Una vez en Ville-d'Avray, almacené mi carroza en un mesón, donde admitieron á mi lacayo en la

mesa común; en cuanto á mí, nada quise comer, y me fuí á ver la casa de que hice mérito; luego me encaminé al bosque, con una cesta al brazo y acompañada de un perrillo, que corría delante de mí al través de las hierbas: quienquiera me habría tomado por una burguesa en vacaciones.

Mía fe, también yo saltaba y corría con Amadís, y entonaba cuantas canciones me sabía, é iba sin saber adónde. Pero eso se me daba á mí; lo que yo quería era olvidar al tedio y los disgustos de la corte y la ciudad, y aparejaba un ramillete al modo de las pastoras. Voltaire, á quien conté esta calaverada, me dedicó con este motivo unos versos muy preciosos, que perdí, ó, mejor dicho, me los robaron. Lo peor es que aquél, contra su costumbre, no se había quedado copia de ellos.

Tras dos horas de paseo, se me despertó el apetito,

busqué un sitio ameno, limpio y alfombrado de espesa y mullida hierba, á fin de que el lugar fuese para mí lo más voluptuosamente agradable.

Junto á una fuente y bajo copudos robles hallé lo que buscaba.

Lástima que se me hayan olvidado los versos del grande hombre; sólo recuerdo dos ó tres que pintaban el lugar con más galanura que yo lo he hecho.

Abrí mi cesta y empecé á comer. Ahora bien, al querer disecar un apetitoso pollo fiambre, me vi negra, pues nunca he sabido en este punto de qué se disecaban las aves, y yo lo dejaba hacer, y más adelante el buen Viard no habría consentido que yo me hubiese tomado tal molestia. Mi torpeza era, pues, muy grande, y reíame de ella á carcajadas.

Amadís, sentado frente á mí, me miraba y esperaba su ración; quizá se reía de mí para sus adentros. ¡Si pudiésemos saber lo que piensan los perros!

En medio de una carcajada y al clavar los dientes en el pollo, admiróme oír otras carcajadas, y al levantar la cabeza para enterarme de quién las soltaba, vi á dos jóvenes cuyos trajes revelaban su profesión, y ambos de gallardísima presencia: uno de ellos, desconocido, reía á mandíbula batiente; el otro me miraba, casi perdido el aliento y sin reirse. Este último era Larnage, que susurró asombrado:

— ¡La señora marquesa!

¡Y yo! ¿quién podía esperar encontrarlo allí? Sin embargo, era más natural verlo á él en tal sitio que á mí.

Completamente desconcertada, me quedé con mi pollo en una mano y un pedazo de pan en la otra, frente á los dos jóvenes, el uno riéndose, y Larnage todavía más turbado que yo, si tal era posible.

— ¡Señor Larnage! — exclamé por fin.

— ¡Ah! señora, ¿qué le ha pasado á V.? — me preguntó el joven.

— Tengo para mí que á la señora no le ha pasado nada penoso — profirió el desconocido; — está de muy buen humor y no le falta apetito.

— Pero ese vestido... esta soledad...

— Será eso algún capricho de mujer hermosa, quizás una cita...

— ¡Una cita! — exclamó Larnage y envolviendo en una mirada los alrededores, en busca del pretenso rival.

— ¡Oh! no — proferí atolondradamente, — no tengo cita alguna. Un capricho, tal vez...

A Larnage se le dilató el pecho, y yo, que á pesar de ser muy joven no era tan tímida como él, empecé á serenarme, y le dije:

— Siéntese V., señor Larnage, si nada mejor tiene que hacer. ¿Quién es ese caballero?

— Mi amigo Fremont, y amigo también de un

hombre muy del agrado de V., del señor de Voltaire.

— ¿Así, es V. amigo de todo el mundo, caballero? — dije á Fremont.

— No me atrevería á pretender serlo de V., señora; es peligroso — contestó el joven.

— El hombre denodado afronta el peligro para vencerlo.

— ¡Ah! señora, ¡qué triste victoria! — dijo Fremont.

Y volvió á reirse. El pobre muchacho era muy alegre, en aquel tiempo sobre todo, en que tenía muy pocos años y estaba hecho un verdadero Apolo.

A Larnage lo maravillaba el despejo de su amigo, lo maravillaba y le daba envidia. En cuanto á mí, en aquellas circunstancias me convenían mucho más los cumplimientos de Fremont.

— ¿Han comido Vds., señores? — pregunté.

— No, señora, ni tampoco almorzado.

— ¿Se avienen Vds. á comer conmigo? Sin embargo, impongo una condición, ó, mejor dicho, dos.

— ¿Cuáles?

— Que disquen Vds. mi pollo y que el señor Larnage se ría.

— Yo me encargo de disecar el pollo — dijo Fremont; — en cuanto á hacer reir á Larnage, es remiendo de otro paño: que se encargue otro.

— ¿Por qué?

— No sé si decirselo á V., señora.

— Dígalo.

— Va V. á incomodarse.

— No.

— Así lo espero, porque no puede en verdad incomodarse una marquesa en trapillo de indiana, saya corta y sombrero de paja, devorando sola un capón en el bosque de Ville-d'Avray, junto á una fuente. Voy, pues, á hablar.

— ¡Fremont! — profirió Larnage haciendo un ademán de súplica.

— Que voy á hablar, ea, y después no sentirás que lo haya hecho.

— Permítame V., caballero — dije, — antes de entrar en este terreno querría instruirme; soy curiosa. Para estar á mis anchas, necesito saber adónde voy. V. se llama Fremont, y es V. amigo del señor Larnage, y también del señor de Voltaire, no lo dudo; pero ¿qué? ¿qué hace V.? ¿en qué emplea V. sus ocios?

— Señora, la pregunta de V. es natural, y voy á responder á ella de mil amores. Yo era pasante del procurador señor Allain, habitante en la calle Perdida, junto á la plaza de Maubert; pero me aburría en aquella casa, y, hace algún tiempo, salí de ella. Ahora estoy libre. Mis padres, que viven en Ruan, querrían que me volviese á casa del señor Allain; pero no me place, y me placaría menos ahora que nunca, porque estoy persuadido de que en los bosques normandos no encontraría hamadriadas como V.; á nuestras marquesas normandas no se las encuentra tan fácilmente en la soledad, y no se las ve sin ir acompañadas.

— Lo mismo pasa aquí, caballero, y sólo conozco á otra que, como yo, sea capaz de echar al olvido las costumbres establecidas.

— En desquite, son capaces de otras cosas.

— No se trata de ellas, sino de nosotros, caballero — argüí. — Así, pues, va V. á disecar el pollo.

— Inmediatamente, señora.

— Puedo también ofrecer á Vds. — continué — un pastel, frutas y vino de Borgoña: es una comida frugal; pero, á falta de pan, buenas son tortas.

Entre Fremont y yo empezaron los cumplimientos. En cuanto á Larnage, estaba callado como un muerto; sólo hablaban sus ojos ¡y qué lenguaje!

Fremont, mientras cortaba las alas del pollo, miraba á una y otra parte, y observaba nuestra turbación y se complacía en aumentarla.

— Señora—profirió el ex pasante,—todavía no he manifestado á V. las causas de la tristeza de Larnage.

— ¡Ah! es verdad; dígalas V.

— Larnage está triste porque está enamorado.

— ¡Enamorado! — exclamé haciéndome la desentendida; — antes me parece que está cuajado.

— Cuajado en el amor, señora.

— Así, pues, el señor Larnage está enamorado de larga fecha, porque también lo estaba hace...

— Hace algunos años, sí, señora. Larnage conserva en su corazón el mismo amor, sin que nunca le haya distraído de él ningún pensamiento. Lo único que hay es que, al principio, mi amigo amaba á una señorita, y ahora quiere á una dama.

— ¡Ah! ¿ha variado?

— El no, sino su ídolo.

— ¿Ella ha variado?

— Sí, señora, ha variado de nombre, de estado de principios; en vez de graciosa doncella, es hoy mujer hermosa. No por eso Larnage está menos satisfecho.

Y al ver que me sonreía, Fremont exclamó:

— ¿Se ríe V., señora?

— Me río de V., de mí, y todavía más del pobre Larnage, que permite á V. hablar de él sin defenderse—contesté.

— ¡Defendese! ¿de qué, señora? ¿De su constancia? ¿Acaso la constancia es un agravio? ¿La condena V.?

— No puedo condenar lo que ignoro.

— ¿V. ignora lo que es constancia? ¡Ah! señora marquesa, ¿es posible que V., á su edad, dé á los hombres tales ejemplos!

De buena gana habría propinado yo un cachete á Larnage, que se estaba callado y dejaba que el otro se mostrase más ingenioso que él. Y es que Larnage sentía demasiado amor, y el amor excesivo entontece á los agudos y da ingenio á los tontos. Por regla general, nada más raro que tener vivaracho el corazón; es esto un hechizo y una fuerza imponderable. Sólo he conocido al caballero de Aydie y á su Aissé que se hallasen en este caso. En cuanto á mí, ni siquiera lo he probado; estoy segura de que no me habría salido bien.

Riéndonos á más y mejor, comimos con buen apetito.

Larnage se rehizo poco á poco y dijo algunas palabras.

— ¡Habla, señora! — exclamó Fremont.

— ¿Es que ama menos?

— No, señora, es que ha aprendido á decirlo.

Yo no quería contestar; y es que un extraño, por muy benévolo que sea, es siempre un obstáculo en los primeros pasos de un amor. Con todo eso, Fremont no podía dejarnos, pues hubiera parecido anticiparse á mis órdenes, y yo no lo habría consentido. En lo que á mí se refiere, el destino del pobre Larnage era singular. Quizá sea el único hombre á quien he amado, y es el que más me ha amado á mí; y, sin embargo...

Volvamos al bosque de Ville-d'Avray.

Fremont conocía que estorbaba; pero su exquisito tacto le vedaba separarse de nosotros. La situación era ardua, y el joven buscaba sortearla, y yo anhelaba que lo consiguiese, y más lo deseaba todavía Larnage; pero ninguno de los tres, por mucho que, sin comunicárnoslo mutuamente, aguzábamos el ingenio para hallar una salida, dábamos con ella. El acaso fué más diestro que nosotros.

30031

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

Después de haber comido, bebido y conversado junto á la fuente, anudamos nuestro camino, y, al través del bosque, llegamos á una linda casa construída años hacía por Langlee y vendida, á la muerte de éste, á un acaudalado inglés que apenas pasaba en ella una semana al año, no obstante lo cual gastaba mucho dinero en su conservación. Los jardines de aquella casa eran hermosísimos, y estaban literalmente atestados de flores. De París y de Versalles iban á verlos por curiosidad y para llevarse plantas, que el jardinero vendía muy caras.

Propuse á Larnage y á Fremont que entrásemos en aquella casa, y, una vez en ella, decansamos bajo una bóveda de rosas, donde nos sirvieron un delicado requesón.

Es portentoso lo que uno come durante el día paseándose.

Una hora hacía que estábamos allí, y ya todo lo habíamos visto, cuando se presentaron tres hombres lujosamente vestidos, y á su vez solicitaron que les dejasen recorrer la casa. Fremont, al ver á los recién llegados, exclamó:

— ¡Mi primo! ¿V. me permite, señora?

Y el joven voló al encuentro de un hombre gordo y sudado, que lo recibió con los brazos abiertos y le dijo:

— ¡Ah! ¿eres tú? En París te he buscado por todas partes, y, al preguntar por tí, hanme manifestado que estabas de viaje.

Como los tres individuos de marras y Fremont pasaron de largo, no oímos más. Un cuarto de hora después, se nos presentó un criado diciéndonos que nuestro atolondrado nos pedía mil perdones, pero que su primo se había empeñado en llevárselo consigo.

Nos quedamos, pues, solos Larnage y yo; por lo tanto, no me cabía sino regresar á Ville-d'Avray en busca de mi carroza, y tomar la vuelta de P. ris

XLIV

Aquella soledad era muy grata á Larnage, el cual, gracias á verme desde la mañana, había recobrado un poco de ánimo. Ahora bien, aquél se puso á mi lado, sin hablar, pero no porque me temiese, sino porque tenía demasiado que decirme y no sabía por dónde empezar. Yo esperaba que se explicase, y comenzó de la mejor manera que podía hacerlo, por los recuerdos.

— ¡Ah! señora—exclamó,—¡qué sereno estaba el cielo en Dampierre, cómo brillaban las estrellas, qué embalsamadas eran las noches, qué bella y afectuosa era la señorita de Chamrond, y qué amor el mío por ella!

Roto el hielo, Larnage recobró el uso de la palabra, y estuvo elocuente, solícito, persuasivo, delicioso, y no sé, ó, por mejor decir, sí sé lo que pasó luego. Conoció que lo amaba, y se lo manifesté, y lo hice el hombre más dichoso del mundo. Con esta declaración se dió por satisfecho, y no pidió más.

Ofrecí contarle todo: felizmente es Viard quien me sirve ahora de secretario. El relato de lo en aquel día ocurrido hubiera sido dificultoso en presencia de mi joven parienta, que espero no lo leerá. No faltarán malhumorados que vituperen mis declaraciones; otros, que todo lo comprenden, me comprenderán también, y disculparán las extrañas debilidades de una imaginación novata ganosa de instruirse en el mal más que en el bien; tendrán en consideración el arrebato, el atolondramiento propio de mis años; la sociedad que me rodeaba y el tiempo en que vivía. Como hubiese yo escrito estas Memorias

treinta años atrás, no me habría tomado la molestia de disculparme; pero cada cosa en su tiempo, como cada rey tiene su corte. Esto sin hablar de lo venidero, que tal vez será más riguroso.

Volvamos á aquel día memorable.

Larnage se despidió de mí al llegar á las primeras casas del pueblo, dichosísimo y sin atreverse á creer que existiese una ventura mayor. Yo, por mi parte, le prometí que volveríamos á vernos, y tal vez me admiró un tanto su circunspección; quizás hubiera querido yo ver en él una pasión más fogosa, menos modesta. Sin embargo, dábame por muy satisfecha de que así fuese, y, en la creencia de que estaba enamoradísima, me inspiraba el más vivo desprecio cuanto no era aquel amor.

El camino fué una verdadera delicia: me venía todo á la memoria, recordaba todas las palabras, todos los ademanes, todos los gestos de mi tímido amante, y me afianzaba en este recuerdo como en una esperanza. Me complacía en levantar castillos en el aire; mi vida iba á ser más alegre, más apacible, más cumplida; pensaría en él, lo vería, lo oiría, lo escucharía, y esto sería la felicidad. Como se ve, era yo todavía muy joven, y estaba muy distante de mi tiempo; en suma, era muy provinciana, como, á las veces, la señora de Tencin me decía.

Llegué á mi casa al anochecer, y mi doncella, que me estaba aguardando al pie de la escalera, me avisó que la señora de Parabere se hallaba en mi gabinete hacía dos horas y que no quería irse sin verme. Esto fué para mí como caer de las alturas del emperio; sin embargo, me encaminé al encuentro de la marquesa, la cual, al verme, exclamó:

— ¡Por fin!... Vengo por V.

— ¡Por mí!... ¿Para qué?

— Para, cenar.

— No puede ser; estoy fatigada y quiero acostarme. He pasado el día en el campo y necesito dormir.

— ¡Cómo! ¿en el campo? ¿sola?

— Sola.

— ¿Y vestida así?... Marquesa, V. se chancea, oculta V. algún amorcillo.

— No, he ido sola, y sola he vuelto; me he llevado al bosque de Ville-d'Avray para tomar el aire, y allí he encontrado á dos jóvenes, uno de ellos el secretario del señor de Luynes, y amigo de Voltaire el otro. Me han encontrado mientras me las había á puras dentelladas con un pollo fiambre al que no tenía yo la maña de disecar, y que ellos han compartido conmigo en medio de alegre charla y de ruidosas carcajadas. Ahí cuanto ha pasado.

— ¿De veras?

— Ni más, ni menos.

— En este caso nada le veda á V. cenar en mi casa con Voltaire y Argental; es una reunión de amigos, y como á V. le gusta verlos, creo hacerle un verdadero obsequio al proporcionarle la ocasión.

— Otro día.

— No, esta noche.

— Tendría que ataviarme.

— Al contrario, está V. hechicera así y producirá V. un efecto delicioso; cenaremos en lo último de mi jardín, en el pabellón campestre. Como ya va V. vestida de pastora, únicamente le faltan el cayado y los corderos.

— ¿Y si viene gente? — repliqué casi convencida.

— Nadie; la puerta estará cerrada.

— ¿Y el señor regente?

— Hemos dejado de vernos; no me hable V. de él, no tiene conciencia; quiero olvidar lo que V. sabe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1225 MONTERREY, MÉXICO

y por eso busco distracciones. Hágame V. la merced de no recordármelo.

A puros ruegos, la señora de Parabere me venció y se me llevó consigo, yo en traje de campo, un poco deslucido por la hierba en que me había sentado para comer y por la carroza, y ella en trapillo de mañana; por lo demás, la marquesa estaba adorable de tal suerte; daba gusto verla en la cama, tocada con una cofia y con una esclavina echada sobre los hombros.

Llegamos á casa de la señora de Parabere muy alegremente dispuestas. El pabellón campestre era un prodigio de buen gusto y de elegancia. La noche, serena, estaba templada, todo exhalaba suavísima fragancia, y las más raras flores formaban marco á nuestros dos rostros. Voltaire, que llegó á poco, al presenciar aquel espectáculo, paróse sorprendido á la puerta y exclamó:

— ¡Eso es el paraíso!

— ¿Antes ó después de la caída de los ángeles? — replicó la marquesa.

— La víspera — respondió Voltaire sonriéndose del modo marrajo que solía; — llevan ya la señal del pecado.

— Así, pues, todavía esperamos; es un postrer consuelo.

— ¡Ah! señora — articuló Voltaire, — ¿cómo corresponder al inefable favor que V. me hace? ¡Cenar aquí, con V., con la señora del Deffand, con el señor de Argental! Es una de esas satisfacciones que, por lo grandes y deliciosas, no tiene uno el ánimo de creerse indigno de ellas.

Pero después llegó Argental, y nos sentamos á la mesa.

¡Qué cena! ¡qué manjares! ¡qué ingenio! ¡qué agudezas!

La gravedad al uso no puede hacer olvidar aquel tiempo de extravagancias. Lo siento por la seriedad; pero tengo para mí que ahora la gente se aburre, y que las cenas de hoy no pueden compararse con aquella cena. Verdad es que, á la sazón, yo era joven.

Voltaire, que entonces estaba bulliciosamente alegre, hizo un derroche de ingenio. De sesenta años acá se ha dicho y escrito muchísimo acerca de él, pero de su mocedad nadie ha hablado. A los ojos de todos aparece como patriarca ó como fénix de la literatura de este siglo; todos lo juzgan como filósofo, y como hombre casi nada. Yo, que nunca lo he perdido de vista, voy á contar de él muchas cosas no de todos sabidas.

La señora de Parabere, que coqueteaba con él, sostenía que Voltaire no sentía amor ni lo había sentido nunca y que era incapaz de sentirlo.

— No me provoque V., señora — decía el filósofo; — soy capaz de probarlo.

— Esto es evadir la contestación; no se trata de mí.

— ¿De quién, pues?

— De V. y de sus amantes, si V. las tiene.

— ¿Quién no tiene amante en Francia, desde el regente hasta mí? ¡Como si eso no fuese lo más fácil del mundo!

— Sería en mí una impertinencia ocultarle á V. que no me conseguirá; dése V. por advertido. Pagada ya mi deuda, soy ahora superior á todo eso.

— ¿Qué quiere V., pues, de mí, señora?

— Que cuente V. la historia de su corazón.

— ¿Y á V. qué le importa?

— Más de lo que V. imagina. ¡Tiene V. tantos enemigos, á pesar de que la gente supone lo contrario!

— ¿En qué quedamos? ¿No tengo corazón ó no tengo enemigos?

— Tiene V. uno y otros. Pero pruébelo V.

— Cuento V., cuento V. — dije á mi vez; — han-me asegurado que el lance es curioso.

— Y para dar á V. el ejemplo, la marquesa va á decirle lo que ha hecho ella esta mañana, — dijo á Voltaire la señora de Parabere.

Satisfecha de nombrar á Larnage y hablar de él, consentí; y es que cuando amamos de cierto modo, no bastan los pensamientos, necesitamos la réplica; devolvemos una pelota, á la que no puede jugarse á solas.

Una vez y tras innumerables interrupciones me hube explicado, Voltaire, ya sin excusa, dijo:

— Pues Vds. lo quieren, lo referiré todo; no haré como la señora del Deffand, que se ha callado lo mejor.

— ¿V. cree?

— ¡Ah! señora, V. lo cree todavía más que yo. Empiezo.

»No hablaré á Vds. del honrado señor Arouet, mi padre; de mi padrino, el cura de Chateaufort; de mi protectora, la señorita de Lenclós; á todos se los saben ustedes de memoria. Sin embargo, á cada uno de ellos soy deudor de una partícula de mi inteligencia y de mis afectos. Me parezco al notario en el orden y en la economía; al cura, hombre ingenioso, en mis pensamientos, y á la Aspasia en mis inclinaciones.»

Era este un retrato verdadero, como nunca han hecho de él otro más parecido.

— A mi padre no le gustaban los versos, y como yo tuve la desgracia de componer algunos, nos desavenimos. Mi padre me había enviado á casa de un procurador; pero en vez de quedarme en ella, recorría yo los campos, las callejas y los teatros. Amenazóme mi progenitor con su maldición, y yo tuve la temeridad de creer que antes de hacerlo lo meditaría muy mucho; pero me engañé; y ya iba aquél á echarme

de casa, cuando mi padrino acudió en mi ayuda y me envió á la Haya, á casa de su hermano, el marqués de Chateaufort.

»Aquí va V. á quedar confundida, señora marquesa, pues cabalmente va á salir á colación mi amor primero. Más de una vez me he preguntado si otro amor podrá parecersele; yo creo que no. No volveré á encontrarme en las disposiciones que entonces, ni mi corazón tornará á ser ingenuo como lo era; me engañarán más, lo sé, pero ya no me satisfará tanto que me engañen; en fin, pasaron, para no volver, mis veinte años, lo cual es una pérdida de que no nos consolamos.»

— ¿V. lo cree así? — preguntó la marquesa. — Yo de mí sé decirle que no querría volver á los veinte años, si tenía que pagarlos tan caros como una vez los he pagado.

— Señora, es colocar el capital en un vitalicio, y ya sabe V. que entonces los intereses son dobles.

XLV

— Como dije — prosiguió Voltaire, — mi padrino me envió á la Haya, adonde llegué mal dispuesto y triste hasta más no poder. Al principio no quise ver á nadie; encerrado en el seno de la familia de mi protector, leía y componía versos para consolarme de la cólera paterna, causa de todos mis males.

»Con frecuencia me internaba en la extraordinaria campiña de Holanda, y cierta noche, al recogerme, después de haber sido indignamente tratado en un pueblo donde había pasado el día, fué cuando se me escapó esta exclamación:

»— ¡Adiós, patos, canales, canallas!

»Entonces orienté mis pasos hacia otro lado, di con un sitio relativamente pintoresco, y, como ha hecho la señora marquesa del Deffand esta mañana, me acomodé junto á una fuente y me puse á escribir aforismos, versos, prosa, añoranzas, en que se reflejaba el estado de mi alma.

»En esto, un corpulento y magnífico perdiguero se abalanzó á mí de improviso, y, en su alegría, esparció mis papeles. El atropello me arrancó un voto en francés castizo, al que siguió una sonora carcajada y una regocijada interpelación, en puro parisiense. Volví el rostro, y me encontré cara á cara con tres jovencitas, una de ellas tan hermosa, que las otras dos, con serlo también, quedaban eclipsadas á su lado.

»Tal cual confuso, me levanté, y las jovencitas continuaron riendo, pero la más hermosa un poco atrás y menos que las otras. Entonces tartamudeé una disculpa, y arreciaron aquéllas sus carcajadas, y cuando se cansaron de reir, la mayor, sin dejar de hacerlo, me dijo:

»— Es V. francés, ¿no es verdad? En toda Holanda no hay un *mein herr* capaz de votar como V. lo ha hecho.

»No me negarán Vds. que tal manera de entablar relaciones era singular. Y aquí encaja decir que he notado que, en la vida, lo singular y aun lo imposible prospera más que lo usual y corriente.

»Apagada la luz de mi inteligencia á los rayos de aquella soberana hermosura, contesté no sé qué, bastante oportuno, á lo cual la señorita replicó dándome á conocer su nombre.

»Como á mí no me asistía razón alguna para ocultar el mío, se lo dije á mi interlocutora.

»Yo tenía diez y nueve años, y á la sazón mi nombre sólo era culpado á los ojos de mi padre.

»— Señor Arouet — profirió la hermosa, — agradece á V. su complacencia, y nos toca corresponder á ella. Somos las hijas de la señora Dunoyer, ilustre desterrada francesa, y no ocupamos un lugar modesto en la sociedad, como puede V. saberlo.

»La que acababa de expresarse así, era una orgullosilla, digna hija de su madre; la otra era una amiga; y la que permanecía callada, hija segunda de la señora Dunoyer, nada parecida á su familia, y merecedora de mejor suerte, al oír á su hermana, se puso como una amapola, y me dijo:

»— Dispéñenos V., caballero; mi hermana y mi amiga indudablemente quieren jugar, no molestar á V.; lo que han hecho ha sido una broma de la que no conocen la importancia. V. sabe nuestro nombre, como nosotras el de V., que no lo olvidaremos. Espero que irá V. á ver á mi madre, la cual no nos perdonaría que quedásemos mal con V. no incitándolo á visitarla.

»— No visito absolutamente á nadie, señorita; estoy enfermo, triste...

»— ¿Es V. desventurado quizá? — preguntó mi hermosa interlocutora. — En este caso, caballero, vaya V. á nuestra casa.

»La joven acompañó sus palabras de una sonrisa afectuosísima y de una mirada celestial que me hizo palpitar el corazón.

»— Iré, señorita, iré — dije. — ¿Cómo resistir á su ruego?

»— Pero no vaya V. para llorar — prosiguió la hermana mayor; — en nuestra casa sólo nos gusta reir.

»De buena gana hubiera dicho yo cuatro frescas á la joven, la cual, calando mi mente, empezó á burlarse de mí. A no haber estado presente su hermana, no sé cómo la habría tratado; pero no, lo que hice fué

solicitar rendidamente que me permitiesen acompañarlas, y, aceptado el ofrecimiento, entramos juntos en la población y llegué hasta su casa, á la que, sin embargo, no subí, por mucho que las jovencitas insistieron; necesitaba estar solo.

»El divino rostro de la señorita Dunoyer, su armoniosa voz, sus velados ojos, sus tristeza, llenaban por completo mi espíritu y mi corazón. No pensaba más que en ella, día y noche; y aun no había contestado á la instancia que me dirigieran, cuando, cierta mañana recibí una carta escrita de puño y letra de la señora Dunoyer, en la que ésta, tras finísimos reproches, me convidaba á comer para el día siguiente.

»Indudablemente conocen Vds. de nombre á la gran intrigante que, para hacer hablar de ella, echó mano de todos los recursos, y por largos años sólo vivió de libelos, calumnias, cambalaches literarios y toda la basura que puede engendrar un cerebro depravado unido á un corazón sin fe y á una conciencia sin principios.

»Yo sabía esto; pero su hija no era culpada, y era hermosa como la luz, afectuosa, seductiva, embelesadora, y me hallaba dispuesto á amarla por dos razones, por ella y por su desventura. Estuve largo tiempo irresoluto, hasta que, por fin, decidido, escribí una carta muy atenta, para excusarme y aceptar el convite.

»El día me pareció eterno; por la noche no dormí, y, al otro día, llegué con una hora de anticipación. Diéronme las gracias por mi solicitud; la señora Dunoyer estuvo muy obsequiosa, y me habló de mi familia con elogio, del señor de Chateaufort y de todos mis amigos de Francia; interesándome lo suficiente para no darme tiempo de examinarla.

»La compañía fué numerosa y escogida, y la componían en primer término extranjeros, y después

protestantes refugiados y descontentos. A la mesa, hablaron todos con entera libertad; luego jugaron y leyeron en alta voz trozos de literatura, todo lo cual me interesaba menos que medianamente. Para mí todo se encerraba en mi hermosa infanta, de la que no me apartaba, y hablaba con ella á media voz como si hubiésemos estado á solas; la interesaba en mi pro, pero no me atrevía á hablarle de mi amor; dejaba que lo leyese en mis ojos. Cuando me despedí de ella, me había ya autorizado para que la visitase todos los días.

»Huelga decir que no falté ni una sola vez; la hermosa se convirtió en la única ocupación de mi vida, y por mucho que la señora de Parabere diga, aquel amor podía parangonarse con los amores más célebres, con las pasiones más fogosas. No tardé en verme correspondido; y es que el afecto verdadero casi siempre se comunica.

»La señora Dunoyer pareció no advertir nada; pero yo sospecho que no era ajena á eso la fortuna de mi padre, pues ni la hermosa ni yo ocultábamos nuestra mutua simpatía.

»¿De qué artificio pensaba echar mano la señora Dunoyer? Nunca lo he sabido, y esta es la hora en que ni aun lo sospecho. Como quiera que sea, es lo cierto que desbaratamos sus cálculos, y, por nuestra parte, hicimos planes á que ella se opuso por la misma razón.

»La pobre doncella era desventuradísima; fuera de quicio por las arterias de su madre, así se lo había sin rebozo dicho á ésta, negándose á secundar sus ruines proyectos. De ahí que aquella madre inhumana la detestase. La señora Dunoyer quería esclavizar á su hija, hacerla su víctima, impedirle que sacudiese el yugo, temerosa de que hablase de sus intrigas y las hiciese frustrar. Tal vida era insoportable para la

joven, que buscaba cómo deshacerse de ella cuando yo me presenté y me hice su confidente y su amante.»

— ¿Su amante ya?

— ¡Oh! honestísimamente, señora; queríamos casarnos, no alentábamos ningún mal pensamiento. Yo frecuentaba la casa, pero la señora Dunoyer no imaginaba con qué fin; veía mi amor por su hija, adivinaba el de ésta por mí, mas no daba á estos amores otra importancia que la de gobernarme á su antojo y reducirme á su absoluta obediencia.

»Al cabo y á la postre, el hijo de un notario de París más que medianamente rico era un partido bastante conveniente para una desterrada.

»La señora Dunoyer no se escondía de decir que yo contaba con algunos recursos, y como apenas me zumbaban los diez y ocho, sería fácil manejarme, y, en todo caso, yerno ó no, le serviría.

»Ni á mi amada ni á mí nos convenía esto; no queríamos quedar bajo aquella férula, cuanto más que mi amada era demasiado poco venturosa con su madre para hacerme compartir su desventura. Nuestra juventud nos quitaba la posibilidad de casarnos sin el consentimiento de nuestros padres, que nos lo negarían; así, pues, resolvimos prescindir de él, y preparamos nuestra fuga. Un rapto era un proyecto temerario, sobre todo en una ciudad como la Haya, donde todo se sabe, donde unos á otros se observan, como en nuestras más pequeñas casucas de provincias.

»Con todo eso, tomé á mi cargo el asunto; todo estaba preparado é íbamos á partir; pero yo amaba apasionadamente á la señorita Dunoyer, y tuve el poco tino de mostrar mi alegría demasiado ostensiblemente la víspera de nuestra libertad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XLVI

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Nos hallábamos en hermoso jardín cercano á la ciudad, jardín por el cual me paseaba yo á menudo con aquellas damas. La noche estaba deliciosa... Holanda es la tierra de las flores, que nos envolvían en su fragancia. Yo hubiera querido hacer versos toda la noche y hablar únicamente en verso, que se me venían ya rimados á los labios. La señora Dunoyer, que notó en mí algo insólito, me dijo:

»— ¿Qué le pasa á V., señor Arouet? Esta noche está V. radiante.

»— No lo sé, señora — contesté, — reviento de felicidad. Esta noche maravillosa, esas rosas, esos junquillos, esos tulípanes, la sociedad que me rodea... No acierto á expresarme... Dispénsame V.

»La señora Dunoyer, que era una pájara de más de marca, miró á su hija, y al ver reflejada en sus facciones mi alegría, entró en sospecha y dijo entre sí:

»— ¿Qué les pasa á esos? Observemos y veamos qué ocurrirá.

»Con efecto, la señora Dunoyer no nos perdía de vista; pero esto á nosotros no nos daba cuidado alguno y nos dirigíamos mutuamente miradas, frases y promesas, algunas de ellas demasiado significativas para no confirmar las sospechas de nuestro argos, que se levantó para marcharse. Entonces cada cual se acercó á la persona más de su agrado, y yo dí la mano á quien es de suponer. La señora Dunoyer no se opuso á ello, ni siquiera pareció haberlo reparado; pero nos siguió y aguzó el oído para escucharnos.

»— ¡Qué felicidad, señorita! — dije, en la creencia de que la señora Dunoyer no me oíría.

»La joven exhaló un suspiro, y profirió:

»— ¿Así, pues, va á ser mañana? Estará V. preparado, ¿no es verdad?

»Estas palabras, pronunciadas con timidez, antes me llegaron al corazón que al oído.

»— Sí, nada tema V. — dije; — nos reuniremos á la puerta de la iglesia, como quedamos; la silla de posta nos esperará en la callejuela, nos subiremos á ella, y habrán acabado los tormentos de V., y nunca jamás volveremos á separarnos.

»— ¡Pero se casará V. conmigo, señor Arouet!

»— ¿Lo pone V. en duda? Sería injuriarme, desconocerme. Sí, será V. mi esposa ante los hombres, como ya lo es V. ante Dios y mi conciencia.

»Y hacíamos mil gratos proyectos y soñábamos en gozos sin fin. Nos íbamos á vivir en Inglaterra, que era obvio nos placía á entrambos. Mi deidad abrazaría el catolicismo, no porque yo la apremiase, ni porque ella tuviese una convicción firme, sino por no comulgar en la religión de su madre, á fin de no verla en este mundo ni en el otro.

»Figúrense Vds. el efecto que tales palabras produjeron en nuestra escuchadora. Los enamorados son imprudentes, sobre todo los jóvenes. Entregados á nosotros mismos, ni nos tomábamos la molestia de volver el rostro, ni pensábamos que en el mundo existiesen más seres que nosotros dos. Cara habíamos de pagar nuestra ligereza.

»La señora Dunoyer se hizo la desentendida, y, de regreso en su casa para cenar, estuvo tan amena y divertida como siempre. Los convidados no se fueron hasta hora muy avanzada, y la dueña de la casa tuvo la atención de conversar largamente conmigo, interrogándome acerca de mi familia, de las intenciones

de mi padre respecto de mí, sobre la causa de nuestra desavenencia y sobre la probabilidad de mi reconciliación con aquél.

»— Señora — contesté, — la reconciliación no será tan fácil como eso; mi padre está empeñado en que yo sea procurador, y á mí sólo me halaga la poesía, de la que aquél hace ascos; y como ni uno ni otro cedemos, únicamente Dios sabe lo que sucederá.

»— ¡Cómo! ¿su padre de V. no cederá? ¿lo sabe V. bien?

»— A lo menos se estará en sus trece largo tiempo; no se aplacará, si se aplaca, sino tras súplicas y contrariedades sin cuento.

»— Dispense V. mi indiscreción, hija de mi interés por V. ¿Puedo ser á V. útil en algo? Aunque parece que no, tengo amigos poderosos, y sería para mí altamente satisfactorio ayudarlo á V., contribuir á dotar á mi patria de otro gran poeta.

»— ¡Ay! señora—contesté,—¿seré yo eso que V. acaba de decir? Lo ignoro. Lo que sí sé es que sería un mal procurador.

»— Tiene V. disposiciones maravillosas para la poesía, y es imposible que no descuelle V. en ella. Como quiera que sea, cuente V. conmigo.

»¿Cuál era el origen de tanta solicitud? ¡Qué sabía yo! Con todo eso, en la mirada de aquella mujer había algo que me hizo concebir sospechas y me indujo á poner sobre aviso á mi amada; pero su madre estaba tan ojo alerta, que no pude en manera alguna efectuarlo y tuve que retirarme sin haber cruzado una palabra con ella.

»Salido que hubieron los convidados, gradualmente la casa quedó envuelta en el silencio. Mi amada se acostó, y á poco oyó abrir la puerta de su cuarto y vió brillar una luz. La señora Dunoyer entró despidiendo rayos por los ojos, se acercó á la cama de la

pobre doncella, y, sin preámbulos ni vacilaciones, le pidió la llave de sus cofres.

»— ¿Para qué? — preguntó mi amada.

»— Quiero registrarlos en uso á mi derecho.

»— Nada hay en ellos.

»— Hay lo que quiero ver y estoy segura de hallar, la prueba de vuestros descabellados planes. Dame la llave, digo.

»— ¿Qué planes? — profirió con voz temblorosa la doncella.

»— Lo sé todo; no continúes. Tu galán no ha llegado todavía adonde cree. Ya le enseñaré yo á ese notarillo á robar señoritas de calidad.

»La señorita Dunoyer, acostumbrada á la opresión, en cualquiera otra circunstancia hubiera cedido; pero se trataba de nuestro amor, y resistió, diciendo:

»— No conseguirá V. esas llaves; eso es un abuso de poder.

»— ¡Cómo! ¿Yo, tu madre, no tengo derecho á pedirte las cartas de tu galán, sobre todo cuando te propones deshonorar nuestro nombre, fugándote mañana con ese poeta zarrapastrón? Si no me das las llaves, haré saltar las cerraduras, y tanto si me las das como no, no saldrás de este cuarto.

»Dichas estas palabras, la señora Dunoyer vió sobre una silla la faltriquera de su hija, y como, gracias á un ademán irreflexivo de ésta, que hizo finta de alargar la mano para cogerla, comprendió que aquélla encerraba el objeto en litigio, se apoderó vivamente de la maldita faltriquera, que había de ser causa de la mudanza de mi suerte.

»¡Ay! las llaves estaban efectivamente en aquella faltriquera, y con ellas abrió la señora Dunoyer los cofres, mientras su hija se torcía de desesperación los brazos y lanzaba agudísimos chillidos de que nadie en la casa aquella hizo caso, tan acostumbrados es-

taban á oírlos. La madre lo registró todo, y se apoderó de mi voluminosa correspondencia, en que constaba extensamente nuestro plan de fuga, según la inconsecuencia habitual de un enamorado de diez y ocho años.

»Heme, pues, en poder de aquella mala hembra, que podía causarme serios disgustos y hacerme prender; porque, en definitiva, su hija era menor, y el rapto era flagrante.

»La señora Dunoyer empleó dos horas en convencer á la desventurada para hacerle patente su poder y lo que iba á pasar; luego se fué, llevándose mis cartas y encerrando bajo dos vueltas de llave á su víctima, cogida más estrechamente que nunca entre las garras de su madre.

»Interin, yo ni remotamente sospechaba lo que ocurría en casa de mi amada; de pechos en mi ventana, me recreaba en la contemplación de las estrellas y de la luna, y daba rienda á ímpetus poéticos y de amor; en una palabra, divagaba con mi mente y mi corazón. No me acosté; ardiendo en la impaciencia que pueden ustedes suponer, esperé la llegada del día que había de ser el más dichoso de mi vida: mi querida zagala iba á pertenecerme por completo y para siempre.

»Hice los más graciosos preparativos, puse la mayor atención en mi tocado, y cogí cuantas flores hallé en el jardín para hacer con ellas un ramillete. ¡Le gustaban tanto las flores á mi amada! Reuní mis más hermosas joyas y mis ropas más nuevas para que su mirada no se posase, sin alegrarse, en el pequeño portamanteo preparado para la fuga. Fué un momento delicioso.

»Después fuí á ver nuestra silla de posta y á asegurarme una vez más de los caballos y los postillones, para evitar todo retardo, todo estorbo; por otra parte, el hacer esto era ocuparme en ella. El tiempo

seguía su curso, y sólo faltaba una hora para reunirme á mi amada, ó á lo menos esperarla, como lo hice, rondando su casa, cuyas aberturas, incluso las del cuarto de aquélla, estaban todas cerradas. Esto me lastimó el corazón por modo indecible, y lo tuve á mal agüero. Con todo, no me atrevía á informarme, temeroso de saber.

»Volvíme á mi casa para escribir al señor de Chateaufeuf, en la creencia de que nunca jamás volverían á verme; y sentado á mi bufete estaba, cuando llamaron recio.

»Lo primero que se me ocurrió fué no contestar: tal vez era un importuno que me retendría; pero como repitieron la llamada, no me cupo sino abrir, cuanto más que en la voz del llamante conocí á mi protector; el cual me dijo:

»— Apresúrate, hijo mío; se trata de una cosa importante.

»Como todos los que aman, no pensaba yo más que en mi adorada, y figurándoseme que sobre ella se cernía una amanaza, introduje sin tardanza á mi oficioso amigo.

»En efecto, aparte de los proyectos de mi corazón, ¿qué asunto de importancia podía tener yo pendiente? Y en verdad no me engaé.

»— Hijo mío — me dijo el señor de Chateaufeuf, — has cometido una gran ligereza y me pones en grave aprieto.

»— ¿Dice V.?

»— ¿Es posible que un muchacho tan avisado como tú se meta en una posición tan ridícula? ¡Amas á una doncella, te propones robarla, y cometes la torpeza de escribirlo, para dar armas contra ti!

»— ¿Qué quiere V. decir? — pregunté temblando.

»— ¡Como si tú no lo supieras! Tus planes están deshechos: la madre lo ha descubierto todo, y esta

mañana se ha llevado consigo á su hija al campo, á fin de poner tierra por medio. Y da gracias á Dios que te ha salvado de cometer una locura.

»Las lágrimas se me subieron á los ojos, pero las represé por vergüenza.

»— Escúchame — prosiguió el señor de Chateaufeuf, — y veamos de sacarte del lío, pues te has echado en un avispero. No tengo más remedio que decirte, y gracias aún de haber obtenido este arreglo: ó sales de Holanda, ó rompes toda relación con la señorita Dunoyer. Júrame que nunca jamás volverás á verla, que no tornarás á escribirle y que la olvidarás completamente.

»Yo me puse de mil colores, y, desfallecido, no contesté.

»— Medítalo bien — continuó mi mentor; — á no haber yo intervenido, te exponías á ir á presidio. Estás en manos de una intrigante, de una mujer de mala fe que puede perderte, y se dará este gusto si ve en ello algún provecho, ó si la obligas á hacerlo. Medítalo bien, repito.

»Contesté tartamudeando y sin saber lo que me decía; y es que sólo veía una cosa: á mi desventurada amiga caída otra vez bajo aquel yugo terrible, y estremeciame al pensar en los crueles tratos de que iba á ser víctima. En mí no pensaba ni por asomo, ni las amenazas me hacían mella; todo lo habría dado, aun milibertad, por el sosiego de mi amada. Ya ve V. cuánto quería yo á la señorita Dunoyer, señora marquesa.

»El señor de Chateaufeuf me amonestó por espacio de una hora larga, durante la cual tuve tiempo de rehacerme y de reflexionar que lo esencial era no dejar el sitio, y que un juramento arrancado bajo la amenaza de presidio no tenía valor alguno; así, pues, prometí no volver á ver á mi amiga, y obtuve licencia para quedarme.

»Pero ¡qué dolor una vez me hube quedado solo, cuando pude apreciar toda la importancia de mi pérdida! Cuanto me rodeaba me era odioso; los preparativos tan placenteramente hechos, las flores, aun tan frescas, la carta empezada, eran para mí otras tantas reconvenções, y aun diré remordimientos. Sin yo, sin mi funesto amor, la pobre doncella no habría experimentado aquel acrecentamiento de amargura; ahora la afligirán más, y de eso yo no me consolaba.

»Obtenida licencia para no presentarme, cogí mi sombrero y me fuí al campo, huyendo de los lugares en que ella ya no estaba, de aquellos lugares testigos de tantas alegrías y de tantas esperanzas fallidas. Aquella noche no me recogí, vagué sin intención de buscar á mi amiga, cuanto más que no sabía adónde la habían llevado. Además, habría sido un desatino, una locura, pensar en verla de nuevo.

»Al otro día y después de haber pasado la noche en un cortijo donde me concedieron hospitalidad gracias á mi buena presencia, anudé mi camino al clarear, luego de haber tomado un ligero desayuno.

»Avanzaba yo por un camino florido, esmaltado de cespederas y belloritas, y cruzado, á mi izquierda, por un murmurador arroyo. Como estaba solo, no represaba mis lágrimas; mi corazón, inundado de mil diversas sensaciones, amaba con la plenitud de mi inexperiencia y con la superabundancia de mi imaginación. Esto se parece al relato de Mascarilla; pero no me queda otro recurso que manifestar lo que en mí pasaba, y tenían mis impresiones algo de enfáticas, como las de los poetas jóvenes.

»De pronto un rumor de voces me hizo estremecer, y, al levantar la cabeza, vi al otro lado del arroyo una graciosa campesina que guardaba unos carneros, y, mirándome, hablaba de mí á su can, lo cual me hizo comprender su astucia.

»— Vé, mi querido Fiel, vé y llégate á aquel joven caballero que está llorando, y pregúntale qué ha menester, si podemos hacer algo por él, si quiere descansar en nuestra casa; á ti no te apartará, mi buen perro; tus lindos ojos hablan.

»Ya Vds. han supuesto que la campesina no empleó estas palabras; pero lo que dijo fué lo expuesto. Yo me detuve y miré á mi vez á la pastorcica; pero ya el perro había cruzado el arroyo y daba vueltas á mi alrededor, colmándome de caricias.

»— Conteste V. á Fiel, mi joven señor — continuó la buena muchacha, — y no nos tenga contemplanções á mí ni á él; no puedo ver llorar á un hombre sin que me vengan deseos de consolarlo.

»Esto la pastora me lo dijo en holandés, y como, si bien yo comprendía esta lengua, no la hablaba, hice un llamamiento á mi gramática y procuré dar á entender á mi interlocutora que yo era extranjero, y lloraba á mi amada, y que nada necesitaba, y le agradecía su compasión. La pastora me escuchó sin burlarse de mí; al contrario, al saber que el amor era causa de mi quebranto, me instó á que cruzase el arroyo y fuese é sentarme junto á ella.

»Accedí, y, seguido de Fiel, crucé el arroyo y tomé asiento al lado de la muchacha, la cual me interrogó, escuchando con atención suma mis respuestas.

»Conversando á ratos, y á ratos divagando, me cogió allí la noche.

»Llegada la hora de recoger al rebaño, la zagala me propuso que la siguiese, asegurándome que en su casa me recibirían bien, y que me sería fácil ir al castillo, habitado por franceses, refugiados en él cuando la revocación del edicto de Nantes, y que se alegrarían de ver á un compatriota.

»Como ignoraba adónde me había llevado, me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1770. 1623 MONTERREY, MEXICO

acaso, al oír nombrar aquel castillo me quedé como deslumbrado. A los protestantes aquellos los había encontrado yo en casa de la señora Dunoyer, de quien eran amigos, y como la señora Dunoyer iba á menudo á aquella casa de campo, quizás á ella era adonde conducido había á mi amada. Esta circunstancia me imponía la mayor prudencia; así, pues, acepté haciéndome rogar, y anudé el interrogatorio, pero dándole otro sesgo.

»La pastora nada sabía, si es que podía saberse algo, á causa de haber pasado muy poco tiempo en su casa desde la víspera. Con todo eso, me aseguré de que la muchacha me ayudaría, y la seguí, procurando interesarla más y más á mi favor.

»A prima noche, y en el instante en que la familia se disponía á cenar, llegamos á casa de la pastora, la cual me presentó á su padre, arrendatario de aquella tierra, que me recibió atentamente, instándome para que me sentase.

»En Francia la gente suele ser más recelosa.

XLVII

»No obstante mi aflicción, el hambre me aguijaba, y es que la juventud no pierde sus derechos. Sentéme, pues, á la mesa con los lugareños, á quienes mi presencia no molestó, cuanto más que era yo de condición modesta y estaba triste y silencioso. Un cuarto de hora después, ni se acordaban de que yo estaba allí, y, siguiendo la costumbre inmemorial de los criados, hablaron de sus amos.

»— Sí — dijo la arrendataria, — la pobre seño-

rita está muy enferma; en el castillo todas se desviven por ella, y, sin embargo, no cesa de llorar.

»— ¿La has visto?

»— Sí, ayer mañana, al llegar; es muy afable y muy guapa.

»El corazón me dió un brinco; y es que empezaban á desvanecerse mis dudas, porque ¿quién podía ser sino ella? Figúrense Vds. si redoblé la atención.

»— ¿Está en el castillo la madre de la señorita?

»— No, tan sólo hay allí su hermana y una vieja ama de llaves; su madre ha regresado á la Haya para perseguir al galán. Más valdría los casase, porque, tarde ó temprano, se aproximarán y los hará dos veces culpados, pues volverán á desobedecerla.

»— ¿Quieres callarte y no decir esto delante de tu hija?

»— Mi hija nunca se verá contrariada en su inclinación, y eso hará que no piense en desobedecernos.

»— ¡Pobre señorita! — profirió mi amiga Groschen, — luego iré á verla.

»De buena gana habría abrazado á la pastorcica por estas palabras.

»Con la impaciencia que es de suponer aguardaba yo el fin de la cena, y cuando se levantaron de la mesa me llevé conmigo á Groschen al huerto, y, al explicarle lo que ocurría, con sus vivos ojos devoraba mis palabras.

»— ¡Ah! ¡es su amada de V. — exclamó la muchacha, — aquella á quien V. lloraba en el sendero cuando lo he encontrado! ¡Oh! iré á verla sin demora, y le diré que está V. aquí, y que no se desconsuele, puesto que usted la ama tanto.

»De acuerdo Groschen y yo, arranqué de mi cartera una hoja y tracé en ella algunas palabras que aquélla se encargó de llevarlas á su destino.